

DETENIDOS DESAPARECIDOS EN UNA COMUNIDAD RURAL: DAÑO PSICOLOGICO Y PSICOSOCIAL. PSICOTERAPIA DE GRUPO

Carlos Madariaga
Psiquiatra
CINTRAS

I. INTRODUCCION

La localidad de Parral es un pequeño pueblo rural que está ubicado en la VII región, tiene una población de 39.000 habitantes y su actividad económica central gira en torno a la producción agrícola. Su población es mayoritariamente obrero-campesina y su calidad de vida aparece severamente deteriorada por el alto nivel de marginalidad en que ha sido puesta por el modelo neoliberal imperante.

Hacia 1973 la zona fue objeto, durante los gobiernos de Frei y de Allende, de profundas transformaciones en las modalidades de propiedad, producción y consumo agrícolas. La reforma agraria iniciada en la década del 60 suprimió el latifundio y dio paso a las cooperativas campesinas; el gobierno democrático de la Unidad Popular tuvo un rol determinante en la creación de las condiciones jurídicas y sociopolíticas necesarias para materializar estos cambios estructurales del modelo productivo.

Desde un primer momento, la oligarquía terrateniente de la zona resistió el cambio en una histórica actitud clasista de defensa de sus intereses económicos. Esta resistencia tuvo su momento más agudo durante el gobierno de la Unidad Popular, generándose un conflicto social que ya había llevado durante el gobierno de Frei al asesinato del funcionario de CORA, Hernán Mery, en momentos que procedía a la expropiación de un latifundio.

En la región, el golpe militar desequilibró radicalmente la confrontación de los sectores sociales en pugna en favor de los terratenientes, desatando profundos sentimientos de odio y revanchismo hacia los protagonistas de la reforma agraria: autoridades de gobierno, dirigentes sociales y campesinado. El fusilamiento en consejo de guerra del Intendente de Talca y la desaparición del Gobernador de Constitución marcaron el inicio de una escalada terrorista que culminó en la localidad de Parral con la desaparición de 29 trabajadores, en su mayoría obreros agrícolas.

El aparato represivo cumplió un expedito rol en la tarea de exterminio de las organizaciones populares. Destacamentos del Ejército, Investigaciones y Carabineros actuaron coordinadamente en las tareas de detención, tortura, asesinato y desaparición de ciudadanos. Sus centros operativos más importantes fueron la Escuela de Artillería de Linares, el Polígono General Bari - unidad en la que funcionó el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) -, la Cárcel, el Cuartel de Investigaciones y la Comisaría de Carabineros de Parral, Colonia Dignidad.

Respecto a esta última es conveniente indicar que hay denuncias fundadas de que a partir del golpe militar se transformó en un recinto secreto de tortura y reclusión en colaboración directa con la DINA. Esta tarea estuvo facilitada por el carácter de “estado dentro de un estado” que sus propietarios alemanes le han otorgado dentro de la sociedad chilena. Recinto inexpugnable para cualquier autoridad política o jurídica de la nación, encubre hasta hoy con absoluto celo todo cuanto ocurrió en su interior durante el período dictatorial.

II. DEFINICION DE OBJETIVOS

En términos proporcionales, Parral fue la zona más gravemente afectada por la represión política en la región. Comunidad rural marcada por el atraso cultural y la extrema pobreza, configuró condiciones sociopolíticas y psicosociales propicias para la inhibición de eventuales mecanismos adaptativos de la población a la experiencia traumática. Con ello se paralizó toda expresión de respuesta social a la situación. La propia búsqueda de los detenidos desaparecidos durante el período dictatorial quedó relegada a tímidas acciones individuales o a incipientes formas de actuación coordinada de pequeños grupos de madres. La Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Parral emergió recién en 1990, en plena transición democrática.

Por invitación de la Agrupación de la provincia de Linares, CINTRAS inició su trabajo en Parral en agosto de este año. Llegamos en un tiempo de interesante apertura política y de complicados intentos por democratizar la sociedad. En esos precisos momentos, se desencadenó a lo largo del país una serie de hallazgos de osamentas de ciudadanos asesinados en los años 70. Uno de estos cementerios clandestinos fue descubierto en Constitución, a escasos kilómetros de Parral. Por otra parte, la Comisión Verdad y Reconciliación, responsabilizada por el Presidente Aylwin para investigar las violaciones a los derechos humanos con resultado de muerte, anunciaba el inicio de sus audiencias a los familiares de las víctimas de la zona.

Estos hechos generaron en ellos intensas reacciones psicoemocionales ligadas a procesos de reactivación de duelos no elaborados, fenómenos que amenazaban con desbordarlos individual y colectivamente, dejándolos fuera de toda posibilidad de enfrentar esta nueva realidad.

CINTRAS dispuso un equipo psicoterapéutico -un médico psiquiatra y una trabajadora social- con el fin de estructurar un programa asistencial con una estrategia de intervención en crisis que tuviera características de plan piloto para permitir afinar un proyecto de trabajo permanente en la zona.

En lo que sigue, daremos cuenta del resultado de lo obrado en tres meses de trabajo (agosto - octubre 1990). El proceso terapéutico contempló una visita semanal del equipo con un diseño de tres horas para psicoterapias individuales, dos horas para dinámicas de grupo y dos horas para orientación sociofamiliar.

III. CARACTERIZACION DEL DAÑO

1. Aspectos psicosociales

La magnitud de la violencia desatada en esta pequeña localidad en los primeros años de dictadura, desencadenó rápidamente determinadas pautas sociales de convivencia, en cuya base se encontraban exaltados sentimientos de terror, aislamiento e inermidad. Estas iniciales reacciones psicoemocionales fueron evolucionando paulatinamente hacia formas más estables caracterizadas por el miedo, la apatía y la indiferencia social, dinámicas que perduran hasta hoy.

La relativa facilidad con que se hicieron crónicas estas reacciones de la comunidad, tiene sus causas, en primer lugar, en el insuficiente grado de desarrollo que alcanzó la conciencia social de los sectores populares previo al golpe militar. El marcado retraso de las fuerzas productivas, la sobreexplotación y el consiguiente estrechamiento de las formas de consumo del campesinado (desde el punto de vista psicosocial nos interesa destacar la inaccesibilidad al consumo ampliado: la cultura), han sido las bases materiales de una histórica dependencia ideológica de este sector social con respecto de los detentadores de la tierra. Así se explica la altísima influencia electoral de la

ultraderecha en la zona. Significa, además, que los cambios estructurales impulsados por el gobierno de Allende con la Reforma Agraria, abortados precozmente, no alcanzaron a producir modificaciones sustantivas en la conciencia de clase del campesinado local.

Una de las causas que posibilitó estas formas de reaccionar de la comunidad en forma aislada, individual fue que los grupos de pertenencia de los sectores populares más conscientes -partidos políticos, organizaciones sindicales y sociales- fueron destruidos rápidamente, lo que contribuyó a anular eventuales movimientos contestatarios en la población.

De este modo, la ausencia de instancias colectivas que pudiesen constituirse en una red solidaria que acogiera el drama personal, imposibilitó que éste fuese comprendido en un sentido más histórico y determinó que el individuo derivara hacia la privatización del daño, reduciéndolo por mecanismos no conscientes a un conjunto de procesos íntimos escasamente comprensibles.

Esta ha sido la modalidad prevalente como se ha estructurado la experiencia traumática en la comunidad de Parral. Son dominantes los sentimientos de fatalidad, escepticismo y resignación ante las vivencias dolorosas. Por un lado, una tradición cultural y concepciones atávicas ligadas a modos de explotación arcaicos del campesinado; y por otro, la sensible permeabilidad ideológica para la entronización de nuevos estereotipos y antivalores inherentes a las modernas transformaciones de la base económica (transnacionalización de la producción agrícola), configuran una conciencia espontánea enajenada en el pueblo, el que opta por refugiarse en el ensimismamiento y la inacción. Algunas formas de conciencia religiosa -las más retardatarias- consolidaron nuevos mitos y temores que contribuyeron a eclipsar la posibilidad de aprehender la realidad objetiva.

La tardía reorganización de los partidos políticos y organizaciones sociales en Parral retrasó en los sectores más dañados de la población el acceso a nuevas formas de comprensión de lo vivido. Este retraso ha sido determinante en la tendencia a la cronicidad de la experiencia traumática.

La apatía social facilitó la estigmatización de las víctimas, fenómeno no superado hasta hoy. En su expresión más dramática, se llega a la justificación del asesinato (“...algunos vecinos comentaban que él se lo había buscado, que en algo malo andaría, por algo le pasó lo que le pasó, como si mi hijo hubiera sido un bandido...”). Los victimarios en su mayoría permanecen en el pueblo, algunos todavía cumpliendo funciones militares, otros como prestigiados civiles. Su arrogancia es ilimitada. Prueba de ello es Colonia Dignidad, que ejerce un influjo mítico sobre las personas: se la percibe bien como una secta omnipotente a la que se le teme, bien como una institución benefactora a la que se le debe gratitud infinita. Tales paradojas en plena transición democrática tienen una base objetiva en el conflicto de poder que le subyace: gobierno y fuerzas sociales progresistas v/s aparato políticomilitar que conserva Pinochet como poder paralelo. La reciente dictación del fallo de la Corte Suprema que ratifica la Ley de Amnistía, ha operado como estímulo de refuerzo en quienes están resignados ante la adversidad y estiman imposible el esclarecimiento de los crímenes. Frente a ello, la noble organización de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de la zona y sus incipientes acciones públicas emergen como abierto desafío a los mecanismos de negación social en los que se ha parapetado la comunidad.

2. El daño familiar

La estructura familiar del detenido desaparecido se nos muestra con profundos quiebres, como resultado de una progresiva disolución de vínculos afectivos entre sus miembros. Familias extensas, que debido a factores culturales propios del campesinado en otra época funcionaron aglutinadas hasta la tercera o incluso cuarta generación, hoy aparecen atomizadas y en procesos activos de

disociación. La situación de duelo se prolonga por 17 años, de manera tal que los lentos movimientos hemostasiantes del sistema familiar han ido llevando a transformaciones estructurales del mismo. Vemos que la generación contemporánea al detenido desaparecido (hermanos, primos, cuñados) ha estado ausente de la búsqueda y la denuncia; más bien ha optado por la negación y la racionalización del trauma, mecanismo psíquico que pone a esta generación en situación de distanciamiento crítico respecto del familiar que lucha y, en algunos casos, hasta de identificación con el victimario.

Nos explicamos este proceso por el temor, la escasa filiación con el proyecto histórico-político del afectado y la necesidad de distanciarse de la estigmatización social de que éste ha sido objeto. Cónyuges jóvenes rápidamente se comprometieron en nuevas relaciones de pareja, emigrando de la zona y suspendiendo su contacto con la familia de origen de su anterior pareja. Los hermanos se independizaron e iniciaron vida fuera del hogar materno.

Han permanecido ligadas a la situación traumática las madres del detenido desaparecido; en ellas aparece concentrado el duelo familiar lo que las hace depositarias de una fuerte sobrecarga psicoemocional. La ausencia de apoyo familiar y la carencia de instancias sociales de contención del dolor han facilitado la privatización del drama. Movilizadas estrictamente por sentimientos maternales, han ido creando espacios de canalización del sufrimiento; ha sido más bien un acompañarse solidariamente en la búsqueda lo que ha permitido experiencias mínimas de comunicar y compartir el dolor, proceso insuficiente por las limitaciones que impuso la desconfianza, el temor y la incapacidad para coger los aspectos comunes a sus respectivas experiencias; es decir, quedaron suspendidas en una socialización insuficiente de lo vivido.

Como consecuencia de la falta de apoyo familiar, ciertas madres establecieron desde un comienzo un estrecho vínculo afectivo con algún niño de la familia generando un binomio (abuela-nieto) muy estable a lo largo del tiempo. Lo que inicialmente fue motivado por la necesidad de superar los miedos para actuar en la búsqueda, simbolizada en este niño que va cogido incondicionalmente de la mano de su abuela por los cuarteles y recintos de tortura, se fue transformando con el tiempo en uno de los principales sustentos afectivos de la madre. Esto último explica la gran interdependencia de los vínculos allí generados, fuente en la actualidad de nuevas y dolorosas fantasías de abandono y pérdida en ambos componentes del binomio (angustia de separación). Además, sentimientos no verbalizados de rabia y tristeza en la madre ante la apatía del cónyuge y los demás hijos frente a su dolor, se canalizaron en severas disfunciones de la pareja y en una actitud de rechazo y distanciamiento afectivo.

3. El daño personal

Un conjunto de síntomas orgánicos funcionales y psíquicos dan cuenta del sufrimiento acumulado. Profundos trastornos psico-biológicos se expresan en un envejecimiento prematuro (a una edad cronológica de 60 años le corresponde una edad fisiológica de 70-75 años). Hay una tendencia a la cronicidad de los síntomas, hecho que pone en evidencia el dramático proceso de transformación de la alteración funcional en lesión estructural. Las enfermedades más prevalentes (trastornos cardiocirculatorios, degenerativos osteoarticulares y cuadros psicoorgánicos) corresponden a este tipo. Ello es expresión de un fenómeno más significativo aún -aunque insuficientemente estudiado que afecta a los familiares de detenidos desaparecidos en una dimensión nacional: de un total de 62 casos de familiares fallecidos durante la búsqueda de los detenidos desaparecidos, 28 han tenido como causa de muerte el cáncer, (45,1%) y 14, trastornos cardiocirculatorios (22,6%). Otras 8 personas sobreviven con cáncer en curso.

Los trastornos psíquicos más frecuentes son: depresión, angustia, trastornos del sueño, cefaleas, síntomas tensionales, todos ellos cíclicos y persistentes en el tiempo, refractarios al tratamiento usual.

La experiencia traumática y la situación represiva subsiguiente operaron como noxa permanente para la salud mental del sujeto produciendo transformaciones profundas en la personalidad: el dolor, ya disociado de su fuente de origen y cronificado -al punto que se desea la muerte (“...tanto que le he pedido de rodillas a mi Dios que me lleve...”)- produjo una incapacidad de sentir placer por algo, contaminando la cotidianidad con un vivenciar penoso; la ausencia de acogida exterior al dolor empujó a su internalización y a la reducción de las relaciones con el mundo, al aislamiento; en algunos casos, se recurrió al alcohol.

En esta realidad biopsicosocial del sujeto, el duelo se nos reveló como un severo conflicto psíquico no resuelto, en el que la situación dominante está dada por la negación de la muerte. La muerte - como posibilidad concreta para el ser querido- es rechazada en la conciencia ya sea en forma permanente o cíclica. La mayoría de los familiares están aún inmersos en la primera etapa de este proceso: la búsqueda (“vivos los llevaron, vivos los queremos”). Se siguen entretejiendo expectativas de encontrarlos con vida (“...si me parece que va a aparecer en cualquier momento en la puerta de la casa...”, “...no me puedo alejar de la casa porque a veces me digo: ¿y si llega un día y no me encuentra...?”), expectativas que primero se manifestaron en conductas activas y concretas de búsqueda y con el tiempo se han reducido a una mera actividad intrapsíquica.

El peso de los factores culturales, mágicos y religiosos iluminó la conciencia espontánea del sujeto con fantasías, ilusiones y sueños que alimentaron la negación a la muerte. De ciertas interpretaciones populares de la actividad onírica se tomaron simbolismos para darles el carácter de verdad revelada. Estas creencias, mientras más ligadas a lo escatológico y a la interpretación mística, más refractarias han sido a la confrontación con la realidad exterior.

He aquí dos actitudes diferentes ante los sueños que ilustran lo dicho:

María: *“Yo no sé qué pensar, cada noche le rezo a mi hijo y le digo “dame una señal, preséntate ante mí en mi sueño, acude al llamado de tu madre”, se lo pido llorando cada noche, pero nunca se me ha aparecido, no quiere hacerse presente, por eso no es posible que esté muerto, en algún lugar del mundo está sufriendo por ahí”.*

Juana: *“Yo supe desde un principio que mi hijo estaba muerto, él me visitó en mis sueños. Dos o tres veces soñé lo mismo, él estaba dentro de un cajón con su carita vendada y me dice mi hijo “mamá, estese tranquila, yo estoy contento, estoy aquí con mis abuelitos, no sufra más por mí, estese tranquila”; después de esos sueños me vino la paz y tranquilicé mi espíritu...”*

El reciente hallazgo de osamentas ha enfrentado a estas mujeres a una situación concreta: la materialización de la muerte. Este dramático dato de la realidad ha acentuado sentimientos de ansiedad, incertidumbre y dolor. La muerte es ahora una opción probable. Esto ha planteado el problema de la aceptación de la muerte del ser querido a partir de la certificación de la muerte del otro, en ausencia del cuerpo (“...pero, ¿cómo voy a saber si está muerto, si no tengo un pedacito de hueso de él siquiera que me diga éste es mi hijo...?”).

Por otro lado, los restos humanos recientemente exhumados en la zona (Constitución) formaban un pequeño conjunto de fragmentos óseos de distintos cadáveres imposibles de identificar, estando demostrada, sin embargo, su calidad de lugareños. Esto ha generado un segundo problema: la

dificultad para las familias de personificar dichos fragmentos óseos o de dotarlos de una mínima simbolización como para realizar con ellos los rituales de sus duelos.

Hay una tercera situación: las investigaciones actuales en torno a los cementerios clandestinos arrojan suficientes evidencias acerca de la imposibilidad definitiva de recuperar a gran parte de los desaparecidos. El sujeto, a medida que va percibiendo este nuevo dato, se aproxima a una nueva situación emocionalmente crítica: no se trata sólo de asumir la muerte, sino la posibilidad de no saber jamás de su cuerpo. Se impone desde fuera un tácito epílogo a toda espera (a toda esperanza), y se despoja de sentido la continuidad de la existencia. En quienes han retardado notablemente la elaboración del duelo, la sola percepción de tal disyuntiva se expresa -al igual que las anteriores- como una clásica situación doblvinculante que exacerba los sentimientos de dolor y mortificación (“...Si no los encuentro nunca, si nadie me dice nunca ahí están tus hombres, no voy a descansar en paz nunca, me voy a morir con mi dolor...”).

IV. EL ABORDAJE PSICOTERAPEUTICO

El trabajo psicoterapéutico contempló tres niveles de acción: psicoterapia individual, psicoterapia de grupo y reuniones informales con la Agrupación. Estos niveles fueron evaluados simultánea y periódicamente para medir las respuestas obtenidas frente a los objetivos iniciales propuestos. La estructuración subsiguiente del trabajo fue definiéndose en el transcurso de las primeras sesiones, una vez precisados los aspectos diagnósticos fundamentales. Se laboró con el grupo en sesiones semanales de una hora y media de duración; participó un promedio de 18 personas.

Hemos distinguido cuatro momentos en la psicoterapia de grupo, en los que se han centrado los procesos psicológicos más significativos. En resguardo de la fuerte imbricación entre uno y otro momento, los precisamos sólo con fines expositivos.

1. *Primer momento*: dirigido principalmente a consolidar el vínculo terapéutico, estimular relaciones afectivas en el plano interpersonal, exteriorizar los miedos y desconfianzas, expresión y acogida del dolor. El trabajo con actividades lúdicas, dramatizaciones y rol-playing permitió desplegar pautas comunicacionales no verbales, facilitando la creación de un espacio predominantemente vivencial con importante movilización de los planos emocionales. Se obtuvo una rápida cohesión del grupo y signos rudimentarios de un proceso de identificación de realidades comunes, punto de partida para el desarrollo de vínculos de pertenencia con respecto a la Agrupación.

Estos pequeños logros permitieron disipar exitosamente las vacilaciones y miedos que existían para viajar a Linares a declarar ante la Comisión Verdad y Reconciliación. Fue una primera experiencia en la que el grupo elaboró estrategias compartidas para superar resistencias y temores, y para asegurar una conducta socialmente eficiente y adaptativa frente a un desafío altamente significativo respecto de sus duelos.

2. *Segundo momento*: Definido por la necesidad de configurar una impresión diagnóstica de la magnitud del daño psicológico y psicosocial, y de las dificultades en socializar este daño. Ello implicó acometer los complejos problemas derivados de la privatización de la experiencia traumática y la necesidad de buscar una reinterpretación de ella a partir de sus determinantes histórico-sociales.

Estimulamos formas de relato testimonial que - conteniendo la reivindicación de los aspectos humanos de la víctima - permitieran una elaboración emocional de la experiencia. Favorecida la comunicación verbal por el espacio de confianza social y terapéutica, se produjo la abreacción y la catarsis.

En la medida que cada uno iba reconociendo en el relato del otro aspecto de su historia personal, los temores iniciales de comunicar la propia experiencia fueron desbordados por sentimientos solidarios y de acogida del dolor. La integración de un plano cognitivo en esta etapa permitió el intercambio de opiniones y la reflexión colectiva, abriendo con ello una puerta a la comprensión más profunda de la realidad.

Aparecieron aspectos persistentemente negados de la biografía del desaparecido, como su militancia y actividades políticas. El reconocer su calidad de “revolucionarios” o “marxistas” les generaba confusiones y ambivalencias. Estas categorías eran, por una parte, incomprendidas en su sentido político o ideológico y, por otra, percibidas como demasiado identificadas con los estereotipos maniqueos fabricados por la dictadura (“...decían que mi hijo era un comunista...y eso no es cierto, mi hijo era un buen hijo, preocupado de su casa, me ayudaba, ¿cómo pudieron llevárselo si era tan bueno?”. Comunista: antípoda de bueno, ergo: comunista=malo). Siendo este fenómeno una ilustrativa caricatura del conflicto social de fondo, permitió aproximarnos a la dialéctica de lo personal y lo social en el origen del problema.

La negación de la muerte apareció como conflicto de fondo, en lucha con la irrefutable realidad. Su manifestación particular tiene la impronta histórico-biográfica y caracterológica de cada sujeto. Los unía un común denominador: una íntima trinchera psicológica desde la que se defendía la vida, ya sea con una fantasía, una esperanza o un “presentimiento” (“algo me decía que estaba vivo... yo sé que está vivo en alguna parte, claro, es posible que lo hayan matado como a tantos otros, pero algo me dice en mi corazón que está vivo, por algo soy su madre...”).

3. *Tercer momento:* Habiéndose producido en las madres más resistentes interesantes atisbos de apertura a la posibilidad de la muerte -los que fueron abordados con mayor profundidad en las psicoterapias individuales-, nos planteamos la necesidad de un reencuadre global de la experiencia traumática en el trabajo de grupo. Tal objetivo fue develándose a partir tanto de las nuevas necesidades subjetivas del grupo como de las exigencias inmediatas impuestas por la realidad. Por una parte, un deseo verbalizado de superar el sufrimiento personal y acceder a condiciones de vida anímica y emocional más estables, y por otra, la profundización de las investigaciones oficiales acerca de los crímenes y el descubrimiento de osamentas en la región -hechos que las obligaron a acciones concretas-, hicieron madurar un momento propicio para aproximarnos a una reelaboración de lo vivido en el pasado y a una comprensión clara y real del presente, un presente que ha reconocido en escasos meses un único destino posible para los detenidos desaparecidos: la muerte.

Durante el período dictatorial, el refuerzo psicológico más significativo para la configuración de una situación de doble vínculo en el familiar (aceptar la muerte v/s asumirlo vivo) era el poder autoritario, el cual aparecía ocultando la verdad. Una eventual solución de esta dicotomía se hacía imposible de asumir, puesto que la alternativa más probable desde una perspectiva histórica y sociopolítica (la más “realista”) -la muerte de los detenidos desaparecidos- aparecía bloqueada ante la conciencia del sujeto por el discurso oficial de la autoridad político-militar y de la propia justicia, que negaban sistemáticamente los hechos, trasladando con ello la presunción de la muerte al familiar. El romper la paradoja, concretando esta presunción, implicaba para este familiar una

autoría simbolizada de la muerte del ser querido y el desencadenamiento de sentimientos de culpa y arrepentimiento.

Las nuevas condiciones políticas y morales (aunque no jurídicas) imperantes en el país, han creado un nuevo contexto sociológico y psicosocial frente a los crímenes de la dictadura. Contundentes fragmentos de la verdad (tortura, ejecuciones sumarias) son difundidos por los medios de comunicación, la autoridad civil denuncia los hechos, se hacen públicos los elementos probatorios y la identificación de algunos culpables, etc. Por primera vez en 17 años se propaga un mensaje social relativamente claro acerca de los hechos hasta los sectores más retrasados de la comunidad. Se ha iniciado un proceso de legitimación social de la verdad en el que participan diversos estamentos de la sociedad civil: iglesias, autoridades de gobierno, parlamentarios, dirigentes sociales y políticos, redes informativas, etc.

Esperanzas, fantasías y deseos acumulados en estos años en los familiares viven hoy acelerados procesos de ajuste o contradicción frente al dato objetivo de la realidad. La verdad histórica (realidad objetiva) empieza a establecer vínculos de interdependencia con la verdad como proceso de la conciencia del sujeto (realidad subjetiva), de manera tal que, ahora, la responsabilidad por la transformación de la muerte posible en muerte real empieza a desplazarse desde una determinación consciente -aunque involuntaria- del familiar, hacia la sociedad en su conjunto, que resuelve hacerse cargo de la herencia del pasado.

La posibilidad de trabajar los planos afectivos y vivenciales en una relación más estrecha con los planos cognitivos, en un esfuerzo integrador de los procesos psíquicos, puede permitir - particularmente en quienes el duelo está menos elaborado por causas objetivas (marginalidad cultural, como la situación en estudio)- el desarrollo de niveles superiores de la conciencia del sujeto. Con esto último es factible estimular el rescate de la historicidad de su singular experiencia traumática, su comprensión nítida y la ruptura en última instancia del doble vínculo. Una opción personal consciente y libre por la verdad histórica puede abrir camino a un nuevo estadio del proceso psíquico y a la búsqueda de estrategias no autopunitivas.

Preparamos el reencuadre en dos sesiones dedicadas a recoger el background de creencias, testimonios de terceros, informes oficiales de la autoridad militar, fantasías, especulaciones, presunciones y todo cuanto haya contribuido en estos años a configurar una percepción falsa de la realidad. Estas son algunas de las “trincheras psíquicas” pesquisadas:

- “El tiene que estar vivo, porque el teniente me dijo que lo habían dejado en libertad y que lo más probable es que se haya ido fuera del país con otra mujer, a lo mejor está fuera del país...”
- “Yo creo que lo tienen es las islas del sur, para allá dicen que se llevaron a muchos, yo le pediría al Presidente que diera una orden para revisar todas las islas, deberían haberlo hecho ya...”
- “Están vivos en el sur, a mí me devolvieron la libreta desde Concepción, puede que Pinochet lo tenga escondido en algún seminario en los pueblos del interior...”
- “Dicen que sacaron camiones llenos de gente y los llevaron a la isla Santa María, los trabajadores de noche veían pasar y pasar camiones con gente para allá...”
- “Pudieran estar en las islas del sur, en la isla Dawson, pero es un poco remoto, nunca han mandado mensajes...”
- “Muchos de los nuestros firmaron su libertad; dicen que los llevaron a Colonia Dignidad donde cremaron a muchos, se escuchan tantas cosas...”

- “Dicen que hay túneles en la Colonia, muy profundos y llegan hasta la Argentina, por ahí los pueden haber sacado. Me contaron que los tienen como a 200 metros bajo tierra a pan y agua...”

- “Yo pienso que mi hijo está vivo en la Colonia, porque para allá salían las camionetas, un vecino me contó que una vez vio una, salía un brazo para afuera y me dijo que ese brazo podía ser de mi hijo...”

- “Yo conozco una persona que fue torturada y presa en la Colonia y está vivo, tiene los dedos planos, porque se los aplastaron, él dice que ahí tienen presos políticos en trabajos forzados...”

En una tercera sesión trabajamos de un modo interaccional el aporte de toda la información objetiva existente en la zona. Colaboraron en ella abogados y trabajadores sociales que han llevado todas las investigaciones de Vicaría de la Solidaridad. Se produjo una interesante dinámica de consultas específicas y reflexiones colectivas en un proceso confrontacional entre fantasías y realidades. Una alta descarga psicoemocional acompañó la constante necesidad -ahora verbalizada- de conocer aspectos ignorados del caso personal y de los otros. La pesadosa movilización colectiva de los afectos no obstaculizó el análisis de los datos aportados por los técnicos. El telón afectivo del grupo fue más bien el de una tristeza profunda y reposada, de una cierta ansiedad y angustia que fluctuaba armónicamente con momentos de tensión emocional y de dolor.

El plano cognitivo se desplegó notablemente, se dialogó acerca de la verosimilitud de la muerte y la necesidad de buscar nuevas formas de reivindicación del ser querido. Algunas personas expusieron su deseo de luchar por el rescate y dignificación de la persona humana, contra los estigmas de que fue objeto; otras expresaron que algún grado de tranquilidad puede lograrse si se aclaran los hechos, si se logra identificar a los victimarios, etc.

4. *Cuarto momento:* Es el trabajo por realizar. Se ha producido un significativo descongelamiento del duelo y se ha iniciado un reencuadre de la situación. Se abren espacios sólidos para abordar el proceso actual, incorporando como hechos de conciencia datos de la realidad antes marginados de la cosmovisión de los familiares. Las nuevas relaciones humanas establecidas en el colectivo han dinamizado la agrupación, perfeccionando su rol como instrumento canalizador de las necesidades personales y grupales que puedan emerger.

Se han esbozado ideas específicas para dar continuidad a la relación solidaria con el desaparecido. A ello contribuye la percepción más nítida de conceptos como verdad y justicia, que empiezan a encajar con naturalidad en lo que podría ser un naciente proyecto histórico-vital reivindicador del pasado a través de las conductas concretas del futuro.

Daños cronificados, trastornos psicobiológicos y sociales muy estructurados, magras condiciones materiales de vida, son aspectos de una realidad que encierra en sí misma una buena parte de sufrimiento irreparable. Esto nos hace sentir lo impredecible que resulta este cuarto momento terapéutico.

Presentado en el II Seminario de la Región del Maule, Linares, 16 al 19 de enero de 1991 y publicado en el Libro “Derechos Humanos, Salud Mental, Atención Primaria: Desafío Regional”. Pág. 175:189. Colección CINTRAS.